



CAPÍTULO XXIX

Los pensionados de la Visitación.

VEAMOS otro servicio que la Visitación empezaba á prestar á la sociedad y á las almas; servicio que continuará prestando en lo sucesivo, y que, mejor comprendido y apreciado por el mundo, dará al nuevo Instituto una popularidad creciente.

Detrás de las rejas de los monasterios de la Visitación, en aquellos claustros abiertos al lado de grandes jardines, principiaban á juntarse por este tiempo multitud de niñas de familias ricas, que iban allí para formar su espíritu, su corazón y su conciencia, bajo la dirección de las Hijas de San Francisco de Sales y de la santa Madre de Chantal.

El origen de estos pensionados fué bastante singular. Nacieron de las necesidades de la época y de la fuerza de las circunstancias, más bien que de la voluntad de los santos fundadores. Ni el Santo Obispo de Ginebra, ni su Santa cooperadora, habían pensado en establecer pensionados en la Visitación, y rehusaron por mucho tiempo en consentir en ello; pero al fin tuvieron que ceder impulsados por la corriente. No se hablaba entonces más que de educación. Después del primer momento de estupor causado por el número y escándalo de las apostasias que produjo la rebelión de Lutero, y sobre todo por la facilidad con que los pueblos ente-

ros se habían dejado seducir, brilló en el mundo católico como un rayo de luz. Al resplandor de la tormenta se entrevió que la causa de tantos males no era otra que la ignorancia religiosa, y que su único remedio era la educación. Todo el mundo sentía la necesidad de apoderarse pronto de las generaciones jóvenes, y darles una educación sólida que las pusiese al abrigo de semejantes caídas, y las hiciese atravesar sin peligro los abismos en donde se habían hundido las generaciones contemporáneas; por todas partes pusieron manos á la obra con un ardor increíble, principiando entonces á establecerse los grandes y los pequeños seminarios. Los Jesuitas abrieron colegios para los ricos, los Padres del Oratorio para la clase media, y los Padres de la Doctrina cristiana para los pobres. Era una reacción completa. Si lo presente estaba comprometido, trataban de salvar siquiera lo porvenir. Los santos secundan, ó más bien imprimen y dirigen el movimiento. San Carlos Borromeo, el venerable Bartolomé de los Mártires, San Vicente de Paúl, San José de Calasanz, el Sr. Olier, el venerable César de Bus, diseminados, por decirlo así, en diversos lugares, pero movidos todos por el conocimiento de los mismos peligros y de las mismas necesidades, fundan seminarios, colegios, escuelas, y establecen congregaciones religiosas consagradas á la educación de la juventud.

El mismo celo se despliega para la educación de las niñas. A un tiempo y con el mismo fin, aparecen las religiosas de Nuestra Señora, fundadas por el bienaventurado Pedro Fourier; las de la Doctrina cristiana, establecidas por César de Bus; las Hermanas de la Cruz, las de Santa Genoveva, las de San José, las de la Presentación, las de las Escuelas cristianas, que se extienden por los campos y abren escuelas gratuitas para la educación de niñas pobres. Las Ursulinas, que renacen en las ciudades, y en su resurrección despiertan á las

Dominicas Cistercienses y Bernardas, consagradas hacía largo tiempo á la educación de las niñas de familias ricas. En fin, hasta las antiguas abadías, hasta aquellos nobles cabildos adonde se retiraban las segundas de las familias ilustres, se sentían también rejuvenecidos. En medio de este movimiento, era difícil que no se volviese los ojos hacia la Visitación, y que una multitud de madres no desearan hacer educar á sus niñas por las Hijas del dulce Prelado, que en su Filotea había comprendido y explicado mejor que nadie los deberes de la piedad en el mundo. El entusiasmo con que había sido acogido el libro de la *Introducción á la vida devota*, entusiasmo cada día más vivo, que hizo fuese traducido á todas las lenguas y puesto en verso francés, siendo, según expresión del Ilmo. Camus, el breviario de toda la gente del mundo; este entusiasmo, digo, por las ideas, por las máximas tan agradables y santas de la *Introducción á la vida devota*, fué el que creó, á pesar de San Francisco de Sales, los pensionados de la Visitación. A esto hay que juntar la admiración que inspiraban la santa Madre de Chantal y sus primeras Hijas, las cuales, nacidas en medio del mundo, habían repudiado sus grandezas sin abdicar sus encantos, y que bajo el velo conservaban un no sé qué de gracioso y humilde, de distinguido y de modesto, que arrebatava. Tener la *Introducción á la vida devota* por programa de educación, y por maestras encargadas de explicarle á las Madres de Chatel ó de Lafayette, á las Madres de Chaugy ó de Blonay, ¡qué sueño! ¿Es de admirar que el siglo XVII quedase enamorado?

Así, que apenas había establecido San Francisco de Sales las primeras casas de la Visitación, cuando de todas partes le escribieron rogándole recibiese educandas. El Santo rehusó al pronto: había tenido ya que variar su plan: ¿habría de modificarle otra vez? De una Orden activa, destinada al alivio de los enfermos, ha-

bia tenido que formar una Orden claustrada y contemplativa; ¿había de transformarla de nuevo en Orden de enseñanza? No lo creía así el Santo. «Dios—escribía á una Superiora—no ha elegido vuestro Instituto para la educación de niñas, sino para la perfección de mujeres y de las jóvenes (1).» La santa Madre de Chantal respondía en el mismo sentido á un Obispo: «Mi Hermana la Superiora nos escribe que los señores de vuestra ciudad desean mucho que nuestras Hermanas se dediquen á la educación de las niñas; os aseguro, Ilustrísimo Señor, que si nos fuese posible lo haríamos de buena gana, sólo por complaceros, aunque á la verdad es cosa de mucha distracción. Pero lo que podamos hacer en esto sin contrariar las intenciones de nuestro Santo Fundador, lo haremos con mucho gusto» (2).

Felizmente, si el Santo Obispo de Ginebra no había querido abrir la puerta del claustro á todas las educandas que deseaban entrar, no la había cerrado del todo. Permitió que fuesen recibidas algunas niñas de edad de diez ó doce años, á quienes sus padres destinaban á la vida religiosa, las cuales estarían como pensionistas, esperando que manifestasen la voluntad de Dios. Previa muy bien que sería una carga muy pesada; pero decía con su acostumbrada gracia: «¿Qué es mejor, que haya espinas en nuestro jardín para tener rosas, ó que no haya rosas por no tener espinas?» (3).

Decidido, pues, á tener rosas, San Francisco de Sales tomó sus precauciones para que fuesen un perfume y un gozo en las casas, y que nunca sirviesen de obstáculo en ellas. Con este fin determinó que fueran en corto número, que no se permitiese entrar sino á niñas de familias recomendables, y que se inclinasen, si era posible conocerlo en tan tierna edad, á la vida religio-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, carta 356.

(2) *Cartas de la santa Madre de Chantal*, carta 50.

(3) *Idem*, carta 454.

sa, y por lo menos dispuestas para la virtud y capaces de regocijar á la Iglesia algún día por su piedad ejemplar (1).

Así que desde el principio del Instituto se ven algunas niñas en los monasterios. En 1610, al establecer la señora de Chantal el primer monasterio de Annecy, tiene con ella á su pequeña Francisca. La señora Collin, que vino de Lyon con la señora de Gouffier, trae también á su Anita, de edad de diez años; una sobrina de San Francisco de Sales, Juana María de la Croix, que no tiene más que quince años, viene á juntarse con ellas; otras que no viven en el monasterio, como Claudia Inés de la Roche, entran en él sin cesar, y no se puede abrir ni uno solo de los manuscritos antiguos sin ver aparecer á cada instante, al lado de las figuras graves y recogidas de las Hermanas, el rostro risueño de alguna niña.

Un día, por ejemplo, habiendo venido San Francisco de Sales para hablar con la Madre de Chantal, bajó ésta al locutorio, llevando de la mano á su pequeña compañera Ana Collin, porque aun para ver al Santo Obispo de Ginebra hacía que la acompañasen. Estaban los dos hablando, y la niña, mientras tanto, jugaba por allí, cuando anunciaron al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon. El bienaventurado se levantó al momento, y fué á recibirle con una humildad encantadora. Mientras que los dos santos Obispos se saludaban respetuosamente uno á otro, la Santa hizo seña á su pequeña asistente para que se acercase á la reja y le mostró con el dedo la incomparable modestia y humildad del Santo Fundador.

Otro día no era la Madre de Chantal la que estaba en el locutorio con San Francisco de Sales, sino la Madre de Blonay, acompañada de la pequeña Ana. Des-

(1) *Respuestas de la santa Madre de Chantal*, 468.

pués de un momento de conversación, la Madre de Blonay notó que las dos puertas estaban abiertas, y temiendo hiciese daño al Santo, le manifestó su inquietud. El Santo se levantó al instante para cerrar una de las dos, pero volvió sin tocarla, y con su incomparable dulzura, «Hija mía—la dijo,—hay ahí una porción de niñas que me miran con tanto gusto, que no tengo valor para cerrarles la puerta.» Encantada la Madre de Blonay con tan amable bondad, hizo señal á Anita para que cerrase por el otro lado, como en efecto lo hizo (1).

Véase, pues, cómo hubo niñas en la Visitación desde el primer año de su establecimiento. Para dejarlas con entera libertad, San Francisco de Sales prohibió se las diese el hábito religioso, pero al mismo tiempo quiso tuvieran presente que esperaban en el monasterio el honor y la felicidad de la vida religiosa, si tal era su vocación, y para ello las cortó por sí mismo un traje, medio religioso y medio seglar.

«En cuanto al hábito religioso—escribía á la Madre de Chatel,—pienso no debe dárseles antes de la edad conveniente para ello, pero sí es preciso que lleven uno muy sencillo, con una pequeña cofia en la cabeza, de modo que parezcan religiosas; y será bueno que sea negro, obscuro ó castaño, sin adorno ninguno, como he visto en San Pablo de Milán, donde había cerca de ciento cincuenta religiosas, veinte ó veinticinco novicias y otras tantas pretendientes que estaban allí en pensión y espera, las cuáles estaban todas vestidas de azul con velos del mismo color, y todo su traje igual» (2).

(1) *Vida de muchas venerables religiosas de la Orden de la Visitación, que murieron en el monasterio de Aviñón.*—Un vol. en 12.º Aviñón, 1634, pág. 58.

(2) Carta 454. Este pequeño traje está descrito más circunstanciadamente por la santa Madre de Chantal. «Se les dará (á las niñas) un vestido muy sencillo, negro, sujeto al cuerpo, sin pliegues, subido hasta el cuello, las mangas algo anchas; un cuellecito al cuello, sin almidón; un

Este hábito pequeño se daba á las niñas que lo habían merecido, con algunas ceremonias. Desde entonces se les permitía asistir á algunos ejercicios de Comunidad; iban á la recreación con las Hermanas, salmodiaban Vísperas y Completas, observaban el silencio mayor y el que se acostumbra en el dormitorio y demás lugares religiosos; llevaban los ojos bajos en el coro y en el refectorio, y empezaba á mirárselas como religiosas. No se les mudaban sus nombres de bautismo y de familia, pero se las llamaba *las Hermanas del hábito pequeño*.

Aún estamos, como se ve, lejos de los pensionados; pero esperemos un poco, la puerta está entreabierta, y por ella entrarán las educandas. Estas niñas, cuyo número es tan limitado y que llevan en su cabeza pequeñas cofias que las hacen parecer religiosas, estas Hermanas del hábito pequeño, darán la mano á las educandas y las harán entrar á todas.

Por lo demás, sería un error creer que en estos primeros tiempos no habla en los monasterios más que Hermanas del hábito pequeño. Francisca de Chantal no le llevó jamás, y fué la primera y más antigua educanda de la Visitación. Ana Colín, al contrario, le tomó muy pronto. «La venerable Madre de Chantal—dice un historiador antiguo—amaba á esta niña con una ternura particular; le dió el hábito pequeño, y la hizo como la primera de la Orden que consagró este velo preparatorio para el del noviciado. Nuestra querida Anita le llevó con un amor y una inocencia que la merecieron un notable progreso en la virtud y una admirable perseverancia en su vocación» (1). Tenemos, pues, como se ve, en las dos primeras niñas que entraron en la Vi-

velo blanco, pequeño, que no doble sobre la cabeza, sin toca ni venda, sino con una cinta que recoja los cabellos para que no caigan sobre el rostro.» (*Costumbrero*, páginas 28 y 337.)

(1) *Vidas de las Madres de Aviñón*, pág. 58.

sitación, el verdadero origen de los pensionados en sus dos formas principales: las Hermanas del hábito pequeño, y las educandas propiamente dichas.

Lo que había hecho titubear al principio á San Francisco de Sales y á la venerable Madre de Chantal para admitir niñas en la Visitación, y les había hecho tomar tan grandes precauciones para limitar y acortar su número, era el temor de que hubiese con las niñas incomodidades, y—como decía la Santa—mucha distracción para las religiosas (1). Pero con el tiempo se disipó este temor; poco á poco se advirtió que, si había algunos inconvenientes, habría también, aun para las religiosas, verdaderas ventajas; que cuando pasara el tiempo de las grandes fundaciones, las Hermanas jóvenes y activas tendrían un medio de emplear su talento, su corazón y su celo, y que la obra de la educación, bien instalada, no impediría que la vida contemplativa tuviese toda su perfección. Así que la venerable Madre de Chantal, que había rehusado al principio el establecimiento de los pensionados, se decide, por último, á ello, y escribe al Obispo de Tarantasia: «En cuanto á las niñas que V. S. Ilma. quiere que se reciban, nuestras Hermanas seguirán en esto vuestro parecer, creyendo, Ilmo. Señor, que no juzgaréis oportuno que sea muy grande su número ni tan tierna su edad que no sean aún capaces de recibir instrucciones de piedad y buena educación. En fin, todo lo dejamos á vuestro parecer y santa dilección paternal (2).» Al mismo tiempo exhorta á la Madre de Beaumont á establecer un pensionado en Pignerol (3); y por último, encarga á la Madre de Chaugy que escriba á los diferentes monasterios

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, cartas 14 y 15.

(2) *Cartas de San Francisco de Sales*. Edición Migne, tomo VI, página 849.

(3) *Circular de las Hermanas de Pignerol*, 14 de Abril de 1857. Declaran haber encontrado este hecho referido en sus antiguas *Memorias*.

para que reciban sin escrúpulo á las educandas que se presenten (1). Así que, hacia 1635 las había ya en todas partes. Y cuando al año siguiente emprende la Madre de Chantal su largo viaje por Francia, se ve durante todo este viaje, así en París como en Lyon, Autun, Montferrand, Montpellier y Aviñón, que las niñas educandas salen á recibirla cantando coplillas y recitando versos, y que la Santa las acaricia y bendice en todas partes, dándoles pequeñas prácticas y algunos regalitos.

Y no solamente se aumenta el número de las niñas que se educan en la Visitación, sino el espíritu dulce de San Francisco de Sales y el grande y varonil de la Madre de Chantal penetra en sus pensionados. Llenan los monasterios con los primeros perfumes de sus nacientes virtudes, antes de abrirse sus flores en medio del mundo. En Pont-á-Mousson, por ejemplo, una niña de doce años, Ana Enriqueta de Haraucourt, de una familia de Príncipes, sabe de repente que su madre piensa sacarla del convento para hacerla Abadesa de San Pablo, en lugar de su tía que está gravemente enferma. Esta amable niña no dice una palabra, pero á la noche siguiente se corta el pelo, y por la mañana, al salir de la oración, se quita su cofia y enseñando su cabeza pelada dice á su madre: «Ahora sí que pareceré una hermosa Abadesa; yo no podría ser religiosa en un convento en que se tiene una que peinar y componer (2).

En Montferrand, María Serafina de Chamflours, de edad de doce años, de genio impetuoso, que se encolerizaba á la menor palabra, se convierte en un ángel de

(1) *Cartas de la Madre de Chaugy*, cartas 14 y 15. «En cuanto á vuestras pensionistas, os diré que nuestra digna Madre me ha mandado escribir á nuestros monasterios que vale más recibir que cargarse de deudas. Esto no es, ciertamente, que yo quiera imponeros una ley, sino que, como han hecho nuestras primeras Madres, uséis de esta libertad cuando sea necesario, y no os aprovechéis de ella cuando no haya necesidad.»

(2) *Fundación inédita de Pont-á-Mousson*, pág. 261.

dulzura con sólo leer la *Vida de San Francisco de Sales*. Aún se la veía hinchársele las venas del cuello y enrojecérsele el rostro, pero no pronunciaba una sola palabra de ira. «Por más que la cólera hierva en mi pecho—decía sirviéndose de las palabras del Santo Obispo de Ginebra—nada haré en favor suyo (1).»

En Chambery sucedió un día, que un viento fuerte hizo caer muchas frutas de los árboles, y entre ellas unas hermosísimas ciruelas. Las niñas que se paseaban almorzando, en lugar de cogerlas se fueron de allí para no pisarlas. La santa Madre de Chantal, que estaba entonces en Chambery, encantada de la prudencia y mortificación de aquellas niñas, envió á las Hermanas domésticas al jardín á que cogiesen las mejores ciruelas, y se las llevasen de su parte en recompensa de su juicio (2).

En Besanzón, María Clara de Cusanges, de quien hemos hablado ya, al volver del viaje al que acompañó en calidad de fundadora, á causa de sus muchas riquezas, á las religiosas que fueron á establecer los monasterios de Gray y de Champlitte, respondía á sus jóvenes compañeras, que le preguntaban en qué pensaba cuando la honraban tanto, y los alcaldes y regidores pronunciaban discursos en alabanza suya. «Pensaba—decía la niña—en que si yo hubiera sido hija de una pastora, no me habrían alabado tanto.» Y otro día, habiendo venido su hermano y otros señores jóvenes primos suyos á verla, y hablándola con entusiasmo de las diversiones del mundo á que asistían, María Clara, impaciente, se levanta, coge en la falda de su vestido un poco de polvo de lo que habían barrido, y sacudiéndolo delante de ellos, les dice: «Mirad, yo conozco bien vuestras diversiones; ¡esto es lo que valen!»

(1) *Fundación inédita de Montferrand*, pág. 144.

(2) *Fundación manuscrita de Chambery*.

No acabaríamos si quisiéramos recoger todas las palabras encantadoras que salían de los labios de aquellas primeras educandas de la Visitación, y los actos de inocencia, modestia, obediencia y de santa fortaleza que brillan en cada página de las antiguas *Memorias*, en niñas de edad de doce años. Eran los primeros frutos de la Visitación.

Por lo demás, en los monasterios no sólo se formaba el corazón, sino también el espíritu, y en ninguna parte, preciso es confesarlo, podía adquirir mejor una joven, no una gran instrucción, que no se daba entonces á las mujeres, sino esa delicadeza de pensamientos, ese encanto exquisito en la conversación, esa habilidad para escribir bien una carta, ese gusto para las cosas intelectuales, todo lo cual era entonces tan estimado y es ciertamente después de la virtud, en lo que consiste la verdadera educación y consiste el verdadero mérito de una mujer. Todo esto lo poseía la Visitación más que ninguna otra sociedad religiosa de aquella época.

«Como en los principios de las Ordenes—dice la Madre de Chantal—hay mucho que escribir», no había una de las primeras Madres que no tuviese que coger la pluma á cada instante. Unas recogían y redactaban las instrucciones (vulgarmente llamadas *Entretenimientos*) de San Francisco de Sales; en esta clase era sobresaliente la Madre de la Roche. Otras como la Madre de Brechard, la Madre de Marigny, la Madre de Clermont-Mont-Saint-Jean, y sobre todo la Madre de Chaugy, que aventajaba á todas, escribían la historia de la fundación de los monasterios ó las piadosas biografías de las Hermanas que fallecían. Había quienes tenían al corriente año por año, los anales de la Orden y los anales de cada monasterio en particular; anales muy poco conocidos y rara vez consultados, y que darían, no obstante, respecto á la historia particular de las ciudades y de las familias ilustres de las provincias, detalles